

A DE LES ARTS

LA VANGUARDIA

«Era en abril de 1934, que José Pujol celebró su anterior exposición. Con este lapso de tiempo, y teniendo en cuenta su juventud, su estilo había de ofrecer un cambio de situación que añadiera al interés normal que despierta toda obra artística de cierta sensibilidad, el interés que se deriva de constatar en esa obra un grado visible de avance en su formación. Sería de desear que nuestros artistas adoptaran este ritmo en sus exposiciones, alternándolas por bienios. En el corto espacio de un año, es difícil, en muchos casos, de apreciar un cambio suficiente para que la nueva producción no parezca una mera prolongación de la del año anterior. Alguna vez habremos de hablar de esta cuestión, que estimamos vital para nuestro movimiento artístico. En el caso de José Pujol, se manifiesta con toda claridad la ventaja de interponer entre dos exposiciones sucesivas un espacio mayor que el de unos cuantos meses. En estos dos años, el estilo de este joven pintor se nos aparece completamente transformado. Diremos mejor si advertimos que ha tenido una feliz eclosión. Las cualidades que ahora presenta són las mismas de antes, y que se mantenían aún cohibidas bajo una capa que las frenaba y las velaba. Pujol, como muchos de los pintores de la escuela de Olot, ha sido un im-

pressionista que pugna para contener su íntimo impulso, para no desbordar los límites de una lógica explicación de las formas del paisaje. El de Olot no permite, sin un mínimo de violencia, un contraste vivo de colores y gamas distintos. Es, por el contrario, un paisaje cuyo colorido tiende a una cierta conjunción. Su atmósfera, tan rica en matices, inclina los ojos del contemplador a fundir las impresiones cromáticas en una impresión dominante. El ejemplo del maestro Vayreda pesa demasiado sobre el recuerdo de todos los pintores que buscan en aquella comarca los temas para sus cuadros, en fondo inagotable por la inmensa variedad de sus perspectivas y de sus marcos de composición. Este repertorio vastísimo se multiplica por el número de estaciones, desde el verano hasta el invierno. La sensualidad de sus formas, en las curvas suaves de sus colinas y en la frondosidad de sus árboles, es un incentivo constante para el pintor. De ahí el gran nú-

mero de sus admiradores fervientes, que encuentran en ese paisaje olotino una mina inagotable. José Pujol demuestra la fuerza de su personalidad por la medida en que ha podido reaccionar contra los clisés acostumbrados, que tienen en pintura un valor equivalente a las frases hechas que llenan los vacíos de la poesía lírica. En pocos años, ha aligerado su visión de la influencia de estos conceptos corrientes sobre el carácter del paisaje olotino, que tiende a ofrecernos de él una visión húmeda y verde, que va del verde claro y tierno hasta el verde opaco i profundo. Bajo la disciplina docente de Ivo Pascual, hemos visto un grupo de jóvenes pintores que disersifican esta visión en tendencias personales bien acusadas. Entre estos artistas, José Pujol ofreció muy pronto la particularidad de no cerrarse en un aspecto puramente bucólico. No desdeñó el valor plástico de la agrupación urbana. No tenía que alejarse mucho de ella para plantar su caballete. Alternaba los temas de la ciudad con los del campo. Los muros de las fábricas, la sobria distribución de sus tejados, ventanas y chimeneas, la superposición de todos los elementos arquitectónicos, eran temas de igual valor que los clásicos caminitos que bordean el río, de los rincones umbrosos de las fuentes, de las montañas que limitan los prados y los bosques, con sus rebaños de vacas y sus casas de labor acromadas por el sol y la lluvia. Si para la retina de otros pintores la atmósfera normal de ese paisaje se resuelve en veladuras y transparencias que se funden suavemente, para los ojos de Pujol se transformaba en un ambiente más rico en contrastes que en matizaciones de una misma impresión dominante...» «...Pero su instinto es seguro, y le lleva, sin darse cuenta de ello, a soluciones de una animada plasticidad. Es, en este sentido, una firme promesa para la escuela olotina, a la cual viene a añadir un aspecto nuevo y de un positivo interés.



Vores de Fluvià, tela original de Josep Pujol